

helon y Mad. Guyon, en que no hubo mas seducción que la piedad y el entusiasmo.

SEGUNDA PARTE

I

Las narraciones místicas de Mad. Guyon, embargando los ánimos de Mad. de Maintenon y Fenelon, se presentaban á estos como perfumes secretos de piedad, que debían respirar en el santuario de su corazón, sin dejar traslucir nada en el exterior, temiendo que se extraviasen el vulgo. El rey, tan sencillo cuanto á la fé como en cuanto á la imaginación pensaba mas severamente.

«He leído al rey algunos trozos de los escritos de nuestra amiga, escribía Mad. de Maintenon, y me ha dicho que eran delirios de su imaginación; aun no ha comprendido lo bastante lo que es la piedad para gustarlos.» «No estendais, añadía, las máximas del abate Fenelon, entre gentes que no le comprendan; y en cuanto á Mad. Guyon es preciso guardarla para nosotros. Fenelon tiene razón no queriendo que se divulguen estos escritos, porque no todos tienen un espíritu recto y firme, y sería predicar la libertad de los hijos de Dios á los que aun no lo son.»

Por esto se ve que Fenelon mismo desconfiaba del éxito de una perfección ideal, que podría escandalizar á los débiles; que su complacencia espiritual con Mad. de Guyon no era tan grande como la de Mad. de Maintenon y que su admiración llena de prudencia hasta en el entusiasmo no iba nunca á parar en el fanatismo.

Este entusiasmo provenía de su misma naturaleza, y de aquella disposición mística al amor de Dios en que la ternura se confunde con la sutileza. Escuchémosle cuando habla de Santa Teresa, y reconoceremos en su admiración cual es el gusto íntimo, la índole de su piedad, y encontraremos al mismo tiempo la reserva, la discreción y la moderación que nunca le abandonaron.

«De la oración simple en que estaba Santa Teresa, Dios la elevó á la mas alta contemplación; penetra hasta donde principia el matrimonio virginal entre el esposo y la esposa, ella pertenece enteramente á Dios lo mismo que Dios á ella. Su alma lo esperimenta y posee todo, revelación, espíritu de profeta, visiones sin imagen alguna sensible, enagenamientos, tormentos deliciosos como dice ella misma, en que el alma se extasia y sucumbe el cuerpo, y en que Dios se presenta á ella de una manera que deslumbrada y confundida, el alma desfallece no

pudiendo sentir tanta magestad; en una palabra, todos los dones sobrenaturales se presentan á su espíritu.»

«Sus directores se engañan desde luego; y queriendo juzgar de sus fuerzas para la práctica de las virtudes, por su oración y por el resto de debilidad é imperfección que Dios dejaba en ella para humillarla, concluyen creyendo que está en una ilusión peligrosa y quieren exorcizarla. ¡Ah! ¡Qué turbación para un alma llamada á la mas completa obediencia, y conducida como Santa Teresa, por el camino del temor cuando son contrariadas sus aspiraciones por los que la dirigen! «Estaba, dice, como en medio de un río espuesta á ahogarme y sin esperanza de socorro.»—«No sabe lo que es, ni lo que hace cuando ora, y lo que fué su mayor consuelo por espacio de tantos años, erá entonces su mas amarga pena. Queriendo obedecer abandona su atractivo; pero es inútil, nada consigue porque sucumbe á él, sin poder dejarle ni seguirle. En esta duda siente los horrores de la desesperación, y todo desaparece para ella, todo la atemoriza, todo la abandona. Su mismo Dios en quien descansaba tan dulcemente, se ha convertido en un sueño y esclama como Magdalena en su dolor: *Me lo han arrebatado y no sé dónde lo han llevado.* ¡Oh vosotros, ungidos del Señor, tratad de comprender por la práctica de la oración, las mas profundas y misteriosas operaciones de la gracia, puesto que sois los que la habeis de dispensar! ¡Cuánto no padecen las almas que guais, cuando la aridez de vuestros estudios, y vuestra indiferencia con respecto á los caminos ocultos os hacen condenar lo que no conocéis por la experiencia! ¡Dichosas las almas que encuentran un enviado de Dios, así como Santa Teresa encontró á San Francisco de Borja y Pedro de Alcántara que la allanaron el camino que debía seguir!»—«Hasta entonces, dice, me daba mas vergüenza declarar mis revelaciones, que me hubiera dado confesar los mayores pecados.» ¡Y nosotros tendremos vergüenza de hablar de estas revelaciones en un siglo en que la incredulidad se llama sabiduría? ¡Nos ruborizamos al decir en alabanza de la gracia lo que hizo en el corazón de Santa Teresa? No, no, calla siglo, siglo en que los mismos que creen las verdades de la religión, se jactan de rechazar sin exámen y como fábulas, las maravillas que Dios obra en sus santos.

«Conozco que es preciso examinar las almas, para ver si son de Dios, porque no puede agradar á Dios que yo autorice una vana credulidad con vanas visiones, pero tampoco puede agradar á Dios que yo dude en la fé cuando Dios quiere manifestarse. Aquel que derramaba desde lo alto como torrentes los dones milagrosos sobre los primeros fieles ¿no ha prometido también derramar su espíritu sobre todos? ¿No ha dicho: «sobre todos mis siervos y siervas.» Aunque los últimos tiempos no sean tan dignos como los primeros de estas

revoluciones ¿deberemos creer que son imposibles? Pues que ¿ha desaparecido su origen? ¿Se ha cerrado el cielo para nosotros? No, la misma impiedad de los últimos tiempos hace mas necesarios estos dones para encender la fé y la caridad casi apagadas....

«¡Ah! Antes quisiera olvidarme de mí mismo que de esos libros (de Santa Teresa), tan sencillos, tan vivos, tan naturales, que no parece sino que cuando los leemos oímos hablar á Santa Teresa. ¡Cuán gratos son aquellos tiernos escritos en que mi alma ha gustado un maná oculto! ¡Qué sencillez cuando refiere un hecho! Aquello no es una historia es un cuadro. ¡Qué elocuencia para espesarlo todo! Admirado estoy al ver que la faltan las palabras, como ha dicho San Pablo, para decir todo lo que siente. ¡Qué fé tan viva! Los cielos se abren para ella, nada la asombra, y así habla tan familiarmente de las mas grandes revelaciones como de las cosas mas comunes.

«Dominada por la obediencia habla sin cesar de ella y de los sublimes dones que ha recibido sin afectación, sin complacencia, sin reflexión, así como un alma grande que no creyéndose útil para nada, y no viendo mas que á Dios solo en todo, se entrega sin recelo á la dirección de los demas. ¡Oh libros tan queridos de los que sirven á Dios por medio de la oración, tan alabados por toda la Iglesia, que no pueda yo ocultaros á tantos ojos profanos! Apartate, espíritu soberbio que solo lees esos libros para tentar á Dios y escandalizarte de su gracia! ¿dónde estais, almas religiosas y sencillas, que sois las que debéis leerlos...? ¡Oh! si comprendiéseis cuan dulce es conocer á Dios cuando nos dedicamos solo á conocerle, gozaríais la gloria desde esta vida, vuestra paz se deslizaría tan dulcemente como un río, y vuestra justicia sería tan profunda como los abismos del mar.»

II.

Sin embargo, el rumor de las novedades que ocultaban en Saint-Cyr y Versailles, Mad. de Guyon y Fenelon y que entusiasmaron las almas ardientes, habia llegado hasta el arzobispo de Paris, Bossuet, y el obispo de Chartres, director espiritual de Mad. de Maintenon.

Estos tres oráculos de la Iglesia se remieron y denunciaron á Fenelon como fautor peligroso de ideas nuevas ó temerarias, que debía ser alejado del rey y de su nieto, temiendo por la paz religiosa apenas conquistada.

Bourdaloue, orador célebre y venerado en el púlpito, fué consultado sobre estas doctrinas, y respondió con la misma severidad: «El silencio sobre estas materias, dice en su carta, es el mejor centinela de la paz, y solo en secreto debe hablarse de las confesiones sagra-

das con los directores espirituales.» Una conspiración oculta se tramaba, pues, por personas de severo carácter contra Fenelon, que tardó algun tiempo en estallar.

Nada indica aun en esta época un plan detenido de Bossuet para hacer decaer en el ánimo del rey á un discípulo á quien habia querido, y solo se ven algunos temores en un hombre á quien lleno de traición repugnan las novedades por su fé y orgullo, y el dolor vivo de un maestro que ve á su discípulo no muy lejos de la duda en la fé. Estos dos sentimientos naturales en Bossuet, no necesitaban ser escitados por una baja envidia para estallar en santa cólera, porque la envidia no es la pasión del orgullo, y Bossuet estaba orgulloso de su genio y de su audacia: no envidiaba, queria destruir, y cuando se tiene el rayo en la mano no se tienden lazos.

Así, al principio de esta disputa, Bossuet trató de ahogarla y no de acriminarla. Consideró las visiones de Mad. Guyon como errores de una imaginación enfermiza: consintió en ver á aquella muger célebre, recibió con indulgencia sus esplicaciones y sus quejas sobre el efecto que sus escritos causaban involuntariamente en los espíritus: la aconsejó el silencio, el retiro, la salida de Paris y el abandono de la corte por algun tiempo: se encargó de examinar detenidamente sus escritos y dar una sentencia suprema, á la que ella debía someterse con una deferencia voluntaria.

Hizo lo que habia prometido: leyó y censuró los libros de su penitente, y la escribió para indicarla con una bondad divina, los pasajes escandalosos para la razón ó peligrosos para la moral. Habló confidencialmente con Fenelon de los errores de su amiga espiritual, y le suplicó que los condenase con él. Fenelon, seguro de la ortodoxia de Mad. Guyon, y conmovido por las persecuciones que la amenazaban, la justificó delante de Bossuet con mas generosidad que política: se negó á condenar como teólogo lo que admiraba como hombre, como poeta y como amigo: respondió que Dios se servía de los mas débiles sentimientos para manifestar su gloria; que el espíritu inspiraba donde él queria; que la voz exaltada de los profetas ó de las sibilas no tenia la precisión ni la timidez de la voz de las escuelas, y que antes de condenar á los inspirados por Dios ó por su propia imaginación, se debía aprobarlos por el momento. Bossuet se contristó.

III

El rey, que se mezclaba en la teología sin comprender nada mas que la disciplina y la infalibilidad de la Iglesia, manifestó su descontento. Mad. de Maintenon, causa del escándalo que se

había introducido en Saint-Cyr, en la corte y en la Iglesia, temió aparecer á los ojos del rey cómplice de los que alarmaban la conciencia del príncipe, y trató de separarse de sus amigos y retirarles su favor, sin unirse, sin embargo, á sus perseguidores. Daba en secreto testimonio de su inocencia y de su intención, pero apresuraba el nombramiento de un tribunal de doctrina para que se juzgase la cuestión, y para declinar una responsabilidad que la molestaba.

«Otra carta de Mad. Guyon! escribía. Muy importuna es esta muger, aunque es cierto que también es muy desgraciada. Hoy me ruega que haga nombrar á Mr. Trouson, amigo de Fenelon, como juez, y no sé si el rey querrá causar esta mortificación al arzobispo de París... Fenelon tiene demasiada piedad para no creer que se pueda amar á Dios por sí mismo, y demasiado talento para creer que se pueda asociar este amor á los vicios mas vergonzosos. No es el abogado de madame Guyon, aunque sea su amigo; es el defensor de la piedad y de la perfección cristiana. Yo descanso en su palabra, porque he conocido pocos hombres tan francos como él, y así podeis decirlo.»

IV.

Abriéronse las conferencias. Bossuet dominaba en ellas; extraño á aquellas sutilezas, rogaba aun á Fenelon que le iniciase en esas exaltaciones de los místicos franceses y españoles ó italianos que había tolerado la Iglesia, y que él llamaba en su severo lenguaje *extravagancias amorosas*. Fenelon analizaba para Bossuet aquellos libros, que eran la fuente donde Mad. Guyon había bebido todo su entusiasmo, y manifestaba entonces mucha deferencia á Bossuet.

«No os apesadumbreis por mí, le escribía al enviarle estos documentos, estoy en vuestras manos como un niño. Estas doctrinas pasan por mí sin ser mías; nada me importa creer de una manera ó de otra; en el momento en que habéis nada quedará en mí, y aun que lo que haya leído me parezca mas claro que dos y dos son cuatro, sin embargo, creé antes en la obligación de desconfiar de lo que sé, y acatar la sabiduría de un teólogo como vos... Respeto demasiado la tradición para tratar de separar de ella al que debe ser en nuestros días su mas firme apoyo.»

V.

Sin embargo, el arzobispo de París, impacientándose por la lentitud de las conferencias,

fulminaba anatemas de por sí contra Mad. Guyon y sus doctrinas. Mad. de Maintenon, temiendo que Fenelon fuese comprendido en las decisiones de la Iglesia de París, y desterrado también de la corte á donde quería retenerle, empleó para separarle de Mad. Guyon el favor real. El rey le nombró arzobispo de Cambrai, y Mad. de Maintenon esperaba con este motivo asociarle á los obispos que habían de juzgar á Mad. Guyon, y obligarle así á reprobar como teólogo lo que había admirado como amigo. El rey entró en este complot con gusto. En esta trama se encuentra confundida la habilidad de un cortesano bajo el afecto de una amiga. Madame de Maintenon quería tranquilizar al rey sobre las doctrinas de Fenelon, y al mismo tiempo atraer á Fenelon separándole de madame Guyon, á quien abandonaba á los obispos.

Fenelon se alarmó al pronto cuando supo que había sido nombrado para una dignidad que le hacía abandonar á su discípulo, y dijo al rey que la primera dignidad á sus ojos era la ternura que le unía á su nieto, y que siempre la preferiría á otra cualquiera.

«No, le respondió con bondad Luis XIV, porque al mismo tiempo seguireis siendo el preceptor de mi nieto. La disciplina de la Iglesia solo os obliga á permanecer nueve meses en vuestra diócesis: dedicareis los otros tres á vuestros discípulos aquí, y cuidareis desde Cambrai de su educación durante el resto del año, como si estuvierais en la corte.»

Fenelon, encadenado por tales favores, renunció á una abadía que poseía, y se resistió con un desinterés ejemplar á las instancias y á los ejemplos que le escitaban á conservar aquellas riquezas de la Iglesia; no quiso llevar á su obispado un tesoro de limosnas que pertenecían, según él, á otros pobres. El mundo le admiró sin imitarle.

El rey, siguiendo las inspiraciones de Mad. de Maintenon, le nombró juez en el tribunal que examinaba las doctrinas de Mad. Guyon. Pero ya habían concluido las conferencias, y Bossuet, único relator y único oráculo, fué el que dió la sentencia. Fenelon, después de haberla discutido y modificado en algunos de sus términos, en un sentido que excluía la aplicación de la censura á Mad. Guyon, firmó la exposición de los principios puramente teológicos de esta declaración. Parecía que la paz se había restablecido de tal manera entre estos dos oráculos de la fe en Francia, que Bossuet quiso ser el consagrante de su discípulo y amigo. El rey, su hijo, su nieto y toda la corte asistieron á la capilla de Mad. de Maintenon en Saint-Cyr, para presenciar la ceremonia en que el genio de la elocuencia consagraba al genio de la poesía.

VI.

Pero apenas se había restablecido esta paz por la intervención de Mad. de Maintenon, por la longanimidad de Bossuet, por la humildad de Fenelon y el silencio de Mad. Guyon, cuando nuevos motivos de discusión nacieron entre los prelados. Mad. Guyon se escapó secretamente del convento en que Bossuet la había ofrecido un asilo seguro y hospitalario en Meaux, capital de su diócesis, escribiéndole que se retiraba á la soledad, lejos del mundo y de sus tempestades. Pero en lugar de hacerlo que decía se ocultó en París, en medio de sus discípulos cada día mas apasionados, en cuyo número se contaban con inquietud Fenelon y sus amigos, el duque de Beauvilliers y el de Chevreuse.

En este tiempo murió el arzobispo de París, hombre de costumbres mundanas y que había estraviado la conciencia del rey. Buscábase una persona de gran virtud que realizase la silla; la Iglesia proponía á Bossuet, el mundo á Fenelon. Mad. de Maintenon dudaba entre los dos, temido el uno, amado el otro; el temor de novedades la alejó de Fenelon, el temor de la dominación de Bossuet, y se decidió por Mr. de Noailles, sacerdote ejemplar y agradable á la corte. Bossuet no se bajó á solicitarla ni á rehusarla, y resistió la injuria con magestad.

«Segun las apariencias, escribía á sus amigos de París, Dios tanto por su misericordia como por su justicia me dejará en mi puesto. Cuando deseais que se me ofrezca el obispado y rehuséis contentar mi vanidad, y mucho mas vale contentar la humildad. No debemos dudar que á pesar del mal discurso de los hombres, sea enterrado segun mis deseos aquí junto á todos mis predecesores, trabajando por la salvación del rebaño que me ha sido confiado.»

La grandeza de su ambición se encuentra en su franqueza. Bossuet conocía y sentía la injusticia de la preferencia de Mr. Noailles; pero no descendía ni á la murmuración, ni á las quejas, ni aun al deseo; sentía su venganza en su superioridad.

Sin embargo, ya fuese porque sin saberlo había sido humillado igualándose su mérito con la juventud de Fenelon, y la medianía de monsieur de Noailles, ya fuese que la evasión poco leal de Mad. Guyon, y su residencia sospechosa en París, le pareciesen haber sido causadas por Fenelon, y haber faltado así á la confianza que había depositado en su discípulo, principió á germinar en su corazón el resentimiento, y no tardó mucho en manifestarse. Solicitó del rey la prisión de Mad. Guyon, el cual la hizo buscar y cerrar en una casa de locos.

«¿Qué queréis que hagamos, escribía madame de Maintenon al arzobispo de París, de ella,

de sus amigos y de sus papales? Escribid directamente al rey que estará aquí aun todo el día — «Me alegro mucho de su prisión;» escribía también Bossuet á Mad. de Maintenon; este misterio ocultaba muchos males á la Iglesia. Fenelon, entonces en Cambrai, supo con dolor que su amiga había sido conducida á Vincennes. El duque de Beauvilliers tembló creyendo que Fenelon tendría que abandonar la educación del duque de Borgoña.

«Es indudable, escribía, que hay una cámara muy poderosa y animada contra el arzobispo de Cambrai. Mad. de Maintenon obedece todo lo que se la dice, y está dispuesta á llegar á los extremos contra él. Creo que no esté muy lejos el día en que los príncipes le miren como hombre sospechoso, y que les inspire doctrinas peligrosas. Si esto sucede, también me llegará á mí la vez; pero os digo que me consolaría el escándalo que lo siguiese... Respecto á Fenelon no le aconsejaré, aun cuando lo desease, una condenación formal de los libros de Mad. Guyon, porque causaría demasiado gozo á los libertinos de la corte y sería confirmar todo lo que se dice contra la piedad... sería dar lugar á creer que es cómplice de todo lo que se imputa á esa pobre muger, y que por política y por temor á la desgracia, se apresura á abjurarle. Yo me creeré siempre obligado á decir claramente lo que pueda justificar á Mr. Fenelon, y si fuese desgraciado lo diría mas alto, para que se viese que solo la justicia y la verdad me obligan á hablar...»

Después de muchos interrogatorios fué conducida Mad. Guyon á un convento de Vaugirard, bajo el cuidado del superior de San Sulpicio. «Bossuet, escribía Mad. de Maintenon, no aprobará lo que hemos hecho, pero yo creo de mi deber evitar cuanto me sea posible las violencias.»

VII.

«Quieren que condene á Mad. Guyon, escribía también entonces Fenelon. Cuando la Iglesia pronuncie una sentencia sobre sus doctrinas, estoy pronto á sellarla con mi sangre, y mientras esto no suceda, no puedo yo de ninguna manera hacer nada, porque he observado desde cerca una vida que me ha edificado muchísimo, y bajo ningún concepto puedo yo condenar, como se quiere, á una persona por cosas que no he visto. ¿Cómo he de encarnizarme en una pobre muger cuyo amigo he sido y contra quien se han lanzado tantos anatemas?»

«En cuanto á Bossuet me alegraría adherirme á lo que dice, si lo desea respecto de la doctrina; pero en conciencia no puedo, si

»ataca á una muger que me parece inocente y
»escritos que he dejado condenar sin añadir
»inútilmente mi propia censura...

»Bossuet es un santo sacerdote, un amigo
»seguro y tierno; pero exaltado por un celo es-
»tremado por la Iglesia, y por la amistad que
»me profesa, quiere conducirme mas allá de
»donde se debe..... y creo que lo mismo suce-
»de á Mad. Maintenon, que se aflige y se irrita
»á cada noticia que recibe. Todo está reducido,
»pues, por mi parte á no querer hablar contra
»mi conciencia, y á no consentir en insultar á
»una muger á quien he reverenciado como san-
»ta en todo lo que he visto...

»Si yo fuese capaz, añade en una carta de
»tiernas reconvenciones á Mad. Maintenon, si
»yo fuese capaz de defender á una muger que
»predicase un nuevo evangelio, deberían des-
»truirme y quemarme lejos de soportarme co-
»mo vos lo haceis, pero puedo engañarme muy
»inocentemente sobre una persona que creo
»es una santa. Nunca he tenido inclinacion
»natural por ella, ni he observado en ella nin-
»guna cualidad extraordinaria que me haya
»prevenido en su favor; Mad. Guyon es muy
»franca é ingénuo, y la prueba de ello es muy
»clara, puesto que Bossuet os ha presentado
»como impiedades cosas que le habia con-
»fiado...

»Y no hago caso alguno de sus pretendidas
»profecías, ni de sus revelaciones, porque no
»he oido hablar nunca de las imágenes escan-
»dalosas que atribuyen á su misticismo para
»espresar el amor divino; y pondria mi cabe-
»za por asegurar que todo eso no quiere decir
»nada, y que Bossuet no tiene excusa por ha-
»beros dado como doctrina de Mad. Guyon lo
»que no es mas que un sueño, una espresion
»figurada, ú otra cosa por el estilo...

»No se han encontrado mas que calumnias
»en contra de sus costumbres, y estoy tan per-
»suadido de que no ha enseñado nada malo que
»responderia aun de hacerla dar las esplicacio-
»nes ó retractaciones satisfactorias..... ¿Cree-
»reis quizá que hablo así para que la pongan
»en libertad? No, yo me obligo á que dé esas
»esplicaciones sin que salga de la prision, sin
»verla, solo la escribiré cartas abiertas para
»que las leais vos y sus acusadores.

»Despues de esto dejadla morir en la pri-
»sion. Estoy contento de que muera en ella, de
»que no la veamos nunca, y de que no volva-
»mos á oír hablar de ella.

»¿Por qué, pues, nos cerrais vuestro cora-
»zon como si fuésemos de una religion contra-
»ria á la que profesais? No temais que yo con-
»tradiga á Bossuet, porque nunca hablaré de él
»sino como de mi maestro; y consiento en que
»quede vencedor y que crean que me ha saca-
»do del estravio en que me hallaba: sincera-
»mente hablando, no quiero tener para él mas
»que deferencia y docilidad...

VIII.

Fenelon, colocado así por su imprudencia
y por la rigidez de sus contrarios entre el cri-
men de condenar á quien creia inocente, la
humillacion de condenarse á sí mismo, y el
peligro de suscitar contra sí los anatemas de
Bossuet, cabeza de la Iglesia de Francia, se re-
tiró triste y presintiendo la ruina de su vida á
la soledad de Cambrey. Allí, para manifestar su
inocencia en la fé y para hacer desaparecer
cualquier pretexto de las acriminaciones de
Bossuet, escribió las *Máximas de los santos*,
libro que era la justificacion del amor desinte-
resado de Dios por los textos sacados de los
escritos y de las opiniones de los oráculos de
la Iglesia; doctrina trascendente de los misti-
cos de todos tiempos: y sometió humildemen-
te su manuscrito página por página á la cen-
sura de monseñor de Noailles, que le obligó á
no enseñarle sino á sus teólogos sin que le
viera Bossuet: corrigió todos los puntos sobre
que hicieron estos alguna observacion, y en-
cargó al duque de Chevreuse su amigo, la im-
presion del libro.

Bossuet se indignó cuando oyó hablar de
la próxima publicacion de un libro que no ha-
bia visto. «Estoy seguro, decia, de que este
»libro no puede menos de causar un gran es-
»cándalo... y no puedo en conciencia consen-
»tirlo... Dios me obliga á hacer ver que se
»quieren defender libros temerarios que des-
»truyen la piedad... y sacrificaré mi vida por
»esta verdad. Huyen de mí en esta ocasion des-
»pues de haberme manifestado tanta sumision
»en las palabras porque se conoce que Dios
»en quien tengo toda mi confianza me dará
»fuerzas para descubrir la trama...»

IX.

La cólera de Bossuet fué contagiosa á la
aparicion del libro, y la justificacion de Fene-
lon se consideró como un crimen contra la
autoridad del oráculo de la Iglesia de Francia.
El rey se decidió por el gefe del episcopado.
Un historiador imparcial y contemporáneo,
Mr. d'Aguesseau, atribuye la cólera de Luis XIV
á la aversion oculta que alimentaba contra Fe-
nelon por la superioridad de su talento.

«Ya fuese que el príncipe temiese, dice
»d'Aguesseau, su talento superior, ó ya que le
»desagradase cierta estrañeza y profundidad
»en el carácter y en la forma de Fenelon, pues
»el rey lo llevaba todo á la *seneillez* y á la
»*unidad*; ya que Fenelon, guiado por una po-
»lítica profunda, evitase la familiaridad con él

»queriendo aparentar encerrarse dentro de sí,
»es cierto que Luis XIV no habia manifestado
»nunca inclinacion por él y no le costó ningun
»trabajo sacrificarle.»

Bossuet aumentó este desvio hácia Fenelon
alarmando la conciencia del rey. Se acusó
como de una *condescendencia criminal por
no haber revelado antes al rey el fanatismo
de su discípulo*. La córte, sabiendo la antipa-
tia del rey, se unió contra el pretendido here-
siarca.

«Unos sentimientos naturales tan buenos,
»dice tambien d'Aguesseau, fueron pervertidos,
»como los del primer hombre por la voz de una
»muger. Su talento, su ambicion, su fortuna y
»aun su reputacion, fueron sacrificados por él
»no á una ilusion de sus sentidos, sino de su
»espíritu; y vióse á aquel genio sublime limi-
»tarse á ser el profeta y el oráculo de una sec-
»ta abundante en imágenes especiosas y se-
»ductoras, queriendo ser filósofo y no siendo
»mas que orador, carácter que ha conservado
»en todas las obras que han salido de su plu-
»ma hasta el fin de su vida.»

Llegóse hasta acusarle de haber querido
halagar la devocion del rey para conquistarse
su fortuna, pensando unir la política al misti-
cismo y formar por los lazos secretos de un
lenguaje misterioso una cábala poderosa á cu-
yo frente se conservaria siempre por la eleva-
cion é influencia de su genio.

Estas imputaciones caian y se desvanecian
por sí mismas ante el ánimo que mostró Fe-
nelon defendiendo á una muger perseguida y
unas doctrinas calumniadas aun á costa de en-
fadar al rey y ofender á Bossuet.

«Todos se alejaban de él: el contagio de la
desgracia en que se habia precipitado volunta-
riamente hacia que todos temiesen no solo
justificarle, pero ni aun compadecerle: y se
encontraba en Versalles tan aislado como en
Cambrey esperando á cada momento que le
desterrasen. Oprimido por esta angustia de su
alma supo que un incendio habia devorado con
su palacio episcopal de Cambrey los muebles,
los libros y los manuscritos que contenia, úni-
ca riqueza que habia llevado allí: y contestó
con su serenidad habitual al abate de Lange-
ron que le dió la noticia de esta desgracia:
«Mas quiero que el fuego haya devorado mi
»casa que la cabaña de una pobre familia.»

X.

Bossuet, sin embargo, seguia fulminando
severas censuras contra el libro de Fenelon,
lamentándose alguna que otra vez de su anti-
guo amigo. «Muy duro me es, decia, hablar así
»de un amigo tan acostumbrado á oír mi voz
»como yo á oír la suya, y Dios, bajo cuya ins-

»piracion escribo, sabe qué sentimiento va en-
»vuelto en mi triste queja, cuando pienso que
»mi amigo de tantos años me juzga indigno de
»tratar con él, á mí, que no he elevado nunca
»contra él la mas minima voz... Un amigo de
»toda mi vida, un adversario querido á quien
»llevo dentro de mi corazon como sabe Dios...»

XI.

Al mismo tiempo que Bossuet escribia estas
líneas, Fenelon recibia una órden del rey para
abandonar á Versalles y marchar á Cambrey
sin detenerse en París, prohibiéndole ademas
ir á Roma á solicitar una decision del papa so-
bre sus doctrinas, temiendo sin duda la in-
fluencia que su genio y su virtud ejercian en
Roma como en todas partes. Tambien al mis-
mo tiempo escribia el rey á Roma pidiendo al
soberano pontífice la condenacion del arzobis-
po de Cambrey, obligándose á ponerla en eje-
cucion valiéndose de toda su autoridad real.

La separacion de Fenelon y del duque de
Borgoña, su discípulo, conmovió y destrozó
sus corazones. Las lágrimas del duque de
Beauvilliers, del duque de Chevreuse, se mez-
claron con las del jóven príncipe y de su ami-
go. El duque de Borgoña se arrojó en vano á
los pies del rey su abuelo para conseguir una
contra-órden, una espera, un perdón: «No,
»hijo mio, respondió el rey: no puedo con-
»vertir esto en un negocio de favor; se trata
»de la estabilidad de la fé, y Bossuet sabe mas
»en esta materia que vos y yo.»

Mad. de Maintenon, tanto mas inexorable,
cuanto que habia sido cómplice, se negó á re-
cibir á Fenelon.

El duque de Beauvilliers, tan fiel á la virtud
como á la amistad, habló libremente al que po-
dia dispensar una gracia: «Señor, dijo al rey,
»todo lo que tengo lo debo á V. M.: me habeis
»elevado y podeis humillarme; respeto la vo-
»luntad de Dios en la voluntad del príncipe;
»me retiro de la córte, señor, con el senti-
»miento de haberos desagradado, pero con la
»esperanza de una vida mas tranquila.» Fene-
lon por el contrario suplicaba al duque de
Beauvilliers y á sus amigos que no se perdie-
sen por su causa.

«Estoy abrumado por los oprobios con que
»me han cubierto, escribia á sus amigos, ¡pe-
»ro sacrificaré! Esperad un poco, y el
»sueño engañoso de esta vida se desvanecerá
»y nos reuniremos para siempre en el reino
»de la verdad, donde no hay errores, ni divi-
»siones, ni escándalos, y donde la paz de Dios
»será la nuestra. Esperemos sufriendo, callan-
»do, dejándonos hollar con los pies y tengá-
»monos por dichosos si nuestra ignominia sir-
»ve para su gloria.»

XII.

Así que Fenelon llegó á su diócesis se entregó enteramente al estudio y á la caridad.

De aquella soledad salieron infinitas páginas que respiran el genio de la mas pura literatura antigua y el genio moderno del cristianismo, que hablan de la Divinidad con una elocuencia poderosa, y muchas veces con el mas tierno entusiasmo: en cada palabra de sus escritos se encuentra una oracion, una adoracion perpétua, así como se encuentra el calor en la vida. Puede muy bien decirse que Fenelon no podia hablar de Dios sin pronunciar una oracion.

He aqui algunas de aquellas páginas tomadas al acaso de entre la multitud de escritos y cartas en que se dilataba su alma, y que le pin- tarán mejor que cuanto podemos decir:

«Todo lleva en el universo el sello de la Divinidad; los cielos, la tierra, las plantas, los animales, y especialmente el hombre. Todo nos manifiesta un plan ordenado y seguido, un encadenamiento de causas subalternas dirigidas con un orden admirable por una causa superior.

«Y no ha lugar á criticar esta grande obra; los defectos que encontramos en ella provienen de la voluntad libre y desarreglada del hombre que los produce con sus desarreglos, ó de la de Dios siempre santa y justa que quiere ya castigar á los infieles, ya probar á los buenos que quiere perfeccionar por medio de los malos. Muy frecuentemente lo que parece á nuestro limitado entendimiento un defecto en un sitio determinado de la obra, es un adorno con respecto al plan general, que nosotros no podemos comprender porque nuestra vista no tiene la estension necesaria para ver la perfeccion del todo. ¿Y no estamos viendo á cada instante criticar temerariamente algunos trozos de las obras de los hombres por no haber conocido lo bastante el fin del autor? Esto sucede ordinariamente con las obras de los pintores y arquitectos.

«Si los caracteres que usamos en la escritura fueran de una magnitud inmensa, cada letra mirada de cerca necesitaria toda la vista del hombre; no podriamos verlas sino una en una y nos seria imposible leer, es decir, reunir las letras y descubrir el sentido que encierran de este modo. Lo mismo sucede con los grandes rasgos con que la Providencia ha escrito la direccion del mundo entero por espacio de tantos siglos. Solo el todo es inteligible, y el todo es demasiado grande para verle de cerca: cada hecho es una letra muy grande que nuestros diminutos órganos no pueden observar y que no significa nada separada de las demas. Cuando al fin de los siglos viendo á Dios veamos en su verdadero punto de vista todo lo

que ha hecho el género humano desde el primero hasta el último dia, y su conformidad con el plan propuesto por Dios, entonces exclamaremos: Señor, solo vos sois verdaderamente justo y sabio.

«Pero despues de todo, los verdaderos defectos de esta obra son imperfecciones que Dios ha dejado para recordarnos que la habia sacado de la nada, y no hay nada en el universo que no lleve ó que no deba llevar impresos estos dos caracteres tan opuestos: el sello del divino artifice, y una señal que nos indique que ha salido de la nada y que puede volver á ella á cada instante: de modo que el universo es una mezcla incomprensible de magnificencia y grandeza, de fragilidad en la materia y de arte en la construccion. La mano de Dios se ve en todo hasta en el miserable gusano: y la nada se deja conocer en todo, hasta en los mas poderosos y sublimes genios.

«Solo Dios es infinitamente perfecto; la perfeccion de todo lo demas es muy limitada; y el que solo posee esta permanece siempre imperfecto, por donde se deja sentir el límite de la perfeccion, y conoce que esta podia estenderse mucho mas por alli. La criatura seria igual al criador si nada la faltase, porque tendria la perfeccion infinita que es la misma Divinidad, y no pudiendo ser infinita es preciso que sea limitada en cuanto á la perfeccion, es decir, imperfecta. Puede ser mayor ó menor su imperfeccion; pero siempre será imperfecta, de modo que siempre se pueda señalar lo que la falta, y que la critica pueda decir: He aqui lo que podria tener y no tiene.

«Estúdiense el mundo como se quiera: descuéndase hasta el último átomo; hágase la anatomía del mas vil animal; examínese de cerca el menor grano de trigo sembrado en la tierra y la manera con que se multiplica; obsérvense atentamente las precauciones con que se abre al sol y se cierra á la noche un capullo de rosa, y se encontrará en todo mas orden, mas acierto, mas industria que en las obras del arte; porque lo que llamamos arte en los hombres no es mas que una vil imitacion del arte que se llama ley de la naturaleza, y que los impíos han tenido la audacia de llamar ciega casualidad.

«¿Y debemos ahora admirarnos de que los poetas hayan animado el universo, dando alas á los vientos y flechas al sol, pintando los rios que se apresuran á precipitarse en la mar, y los árboles que se elevan hasta el cielo para apartar los rayos del sol con la espesura de sus ramas? Tan natural es en el hombre admirar el arte que presenta la naturaleza, que estas expresiones han pasado al lenguaje vulgar. La poesia no ha hecho mas que atribuir á las criaturas inanimadas la intencion del Criador que hace todo en ellas; del lenguaje figurado de la poesia han pasado estas ideas á la teología de los paganos, cuyos teólogos fueron los poetas,

han supuesto un arte, un poder, una sabiduría que han llamado *númen*, aun en las criaturas privadas de inteligencia; y así para ellos los rios han sido dioses y las fuentes náyades; los bosques y las montañas han tenido sus divinidades particulares; las flores han tenido á Flora y los frutos á Pomona. Cuanto mas se contem- ple sin prevencion la naturaleza, mas se descubre en ella un fondo inagotable de sabiduría, que es como el alma del universo.

«¿Y qué se sigue de aqui? La conclusion se deduce de sí misma. Si necesario es, dice Minucio Felix, ingenio y penetracion aun para observar el orden y el plan maravilloso de la estructura del mundo, ¡cuánto mas se habrá necesitado para hacerlo! Si tanto admiramos á los filósofos que han descubierto una pequení- sima parte de los secretos de esa sabiduría que ha dado el ser á todo, es menester ser enteramente ciegos para no admirarla en sí misma.

«He aqui el gran fin del género humano; admirar el universo en que Dios se presenta á nuestros ojos como en un espejo. Pero unos, los filósofos, se han extraviado con sus pensamientos, y todo se ha convertido para ellos en vanidad. A fuerza de raciocinar con sutilezas, muchos de ellos han desconocido una verdad que se presenta tan claramente aun á los ojos de los que no tienen filosofía.

«Un viajero que penetrando en Sais, que es el país de Tebas la de las cien puertas, desierto en el dia, encontrase columnas, pirámides, obeliscos é inscripciones en caracteres desconocidos, ¿pensais que diria al momento: el hombre no ha habitado nunca en este sitio, ni sus manos han trabajado aqui: la casualidad ha formado estas columnas y las ha colocado en sus pedestales, y las ha coronado con chapiteles proporcionados, la casualidad ha unido tan sólidamente los pedazos de que se componen estas pirámides; la casualidad ha labrado estos obeliscos de una sola pieza y ha grabado estos caracteres? ¿No diria por el contrario con toda la certidumbre que puede tener el hombre: estos magníficos restos son el recuerdo de una arquitectura magestuosa que florecia en el antiguo Egipto?

«He aqui lo que la simple razon dicta al primer golpe de vista, sin tener necesidad de raciocinar. Lo mismo sucede con la primera ojeada que echemos sobre el universo; esta siempre es decisiva, aunque podamos engañarnos y alucinarnos con vanos razonamientos para no ver lo que mas claro se nos presenta. Una obra como el mundo no se puede dar la existencia á sí misma; los huesos, los tendones, las venas, las arterias, los nervios, los músculos que componen el cuerpo del hombre, son mas artísticos y proporcionados que la arquitectura de los griegos y de los egipcios. El ojo del mas pequeño animal es mas perfecto que todas las obras de los hombres. Si cualquiera encontrase en los desiertos de Africa un re-

loj, de seguro no diria que la casualidad le habia formado alli, ¡y hay atrevimiento para decir que los cuerpos de los animales son caprichos de la casualidad!

«¡Oh Dios mio! si hay tantos hombres que no os descubren en el magnífico espectáculo que les presentais de la naturaleza, no es porque estais alejado de nosotros. Todos estamos como tocándoos con las manos; pero los sentidos y las pasiones que estos escitan nos llevan nuestra atencion. Así, Señor, vuestra luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas son tan espesas que no la comprenden; en todas partes os manifestais, pero los hombres no quieren veros, sumergidos en sus distracciones. Toda la naturaleza habla de vos y pronuncia vuestro santo nombre, pero habla á sordos, que lo son porque no quieren oír: vos estais cerca de ellos y aun dentro de ellos, pero ellos andan fugitivos y errantes fuera de sí mismos. ¡Mas ya os encontrarían, dulce luz, hermosura eterna é inalterable, fuente de castas delicias, vida pura é inefable de los que viven verdaderamente, ya os encontrarían si os buscasen en su corazón! Pero los impíos, al perderos á vos se pierden miserablemente á sí mismos. Los dones que les enseña vuestra mano, los entretienen de manera que les impiden verla; viven de vos y sin pensar en vos, ó mas bien, mueren al lado de la vida por no querer alimentarse con ella; porque ¿qué muerte tan horrible no es la de no conoceros? . . .

«He reconocido que debe haber en la naturaleza un ser que exista por sí mismo, y por consiguiente perfecto; y conocí que yo no soy ese ser, porque mi perfeccion está muy lejos de ser infinita; conocí tambien que está fuera de mí y que me ha dado la existencia. Ahora conozco que me ha dado una idea de sí mismo, dándome una idea de una perfeccion infinita que no puedo confundir con otra cualquiera perfeccion limitada que se me presenta, y la digo en mi corazón: tú no eres infinitamente perfecta, ni existes por tí misma. Por grande que sea tu perfeccion, hay un límite, mas allá del cual no existes tú.

«Mi Dios es muy diferente: existe y no deja de existir; es, y su ser no tiene límites; es, y nada puede existir sin él. Así es como yo le concibo, y puesto que le concibo, existe; porque no es asombroso que exista, cuando como yo lo he visto, nada puede ser sino por él. Lo que si es asombroso é incomprensible, es que yo, débil, finito y defectuoso, pueda concebirle. Es preciso que no solo sea el objeto inmediato de mi pensamiento, sino tambien la causa que me hace pensar, del mismo modo que es la causa que me hace ser, y que me eleva siendo finito á pensar en lo infinito.

«Véase el prodigio que llevo siempre en mí mismo. Yo mismo lo soy. No siendo nada ó á lo menos no siendo mas que un ser compue-